

Juan Crisóstomo

SOBRE EL DESTIERRO

HOMILÍA 1

I

Muchas son las olas y terrible la tempestad; mas no temo sumergirme, pues estoy apoyado sobre la roca inmovible. Enfurézcase el mar; no puede deshacer la roca: agítese el oleaje; no puede hacer que se hunda la nave de Jesús. ¿Qué he de temer, decidme? ¿La muerte? *Para mi el vivir es Cristo, y el morir ganancia* (Flp. 1, 21). ¿El destierro? *Del Señor es la tierra y su plenitud* (Sal. 23, 1). ¿La pérdida de la hacienda? *Nada trajimos a este mundo y nada podremos sacar de él* (1 Tim. 6, 7). Los males de este mundo los miro con desprecio, y sus bienes con risa. No temo la pobreza, no deseo las rique-

zas; no temo la muerte, y no deseo vivir sino para vuestro bien. Por eso hago mención de los sucesos actuales y os ruego a vosotros, amadísimos oyentes, que tengáis confianza. Porque nadie nos podrá separar, pues lo que Dios unió no lo puede separar el hombre. Porque si del hombre y de la mujer dice: *Dejará por esto el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y se unirán los dos en una carne* (Gen. 2, 24); *por consiguiente, lo que Dios unió no trate el hombre de separarlo* (Mt. 19, 5-6); si no puedes dirimir la unión conyugal, ¿cuánto menos deshacer la Iglesia de Dios? Y sin embargo, ¡la impugnas, siendo así que no puedes causarle daño con tus ataques!

No logras sino hacerte más glorioso, y derribar combatiendo tus propias fuerzas. Porque “dura cosa te es dar coces contra el afilado aguijón”. No embotarás su punta; antes teñirá en sangre tus pies; como tampoco las olas disuelven la piedra, sino que ellas se convierten en espuma. Nada hay más poderoso que la Iglesia, ¡oh hombre!, deja la guerra, para que no quebrantes tu fuerza. No declares la guerra al cielo; si se la declaras a un hombre, o vencerás o serás derrotado; si atacas a la Iglesia, imposible que venzas, porque nadie hay tan fuerte como Dios. *¿Acaso competimos con Dios? ¿Acaso somos más fuertes que El?* (1 Cor. 10, 22). Dios la fijó y robusteció; ¿quién presumirá conmovérlo? No conoces su poder. *Mira a la tierra y la hace trepidar* (Sal. 10, v. 32). El lo manda, y lo que temblaba permanece inmóvil. Si a la ciudad agitada del terremoto la robusteció, ¿cuánto más podrá hacerlo con la Iglesia? La Iglesia es más firme que el mismo cielo. *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt. 24, 35). ¿Qué palabras? *Tú eres Pedro, y sobre esta mi piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (Mt. 16, 18).

II

Si no crees a las palabras, cree a los hechos. ¿Cuántos tiranos trataron de vencer a la Iglesia. ¿Cuántas sartenes, cuántos hornos, dientes de fieras, espadas afiladas? Y no la vencieron. ¿Dónde están los que la combatieron? Relegados al silencio y al olvido. ¿Dónde está la Iglesia? Resplandece más que el sol. Lo que pertenece a aquellos pereció, lo que pertenece a la Iglesia es inmortal. Si cuando eran pocos los cristianos no fueron vencidos, ahora, cuando todo el orbe está lleno de piedad y religión, ¿cómo los puedes vencer? *El cielo y la*

tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y con razón. Porque más querida es de Dios la Iglesia que el mismo cielo. No tomó el cuerpo del cielo, pero tomó la carne de la Iglesia; el cielo es por la Iglesia, no la Iglesia por el cielo. No os turbe nada de lo que ha sucedido. Hacedme la gracia de permanecer inmóvil en la fe. ¿No visteis a Pedro andar sobre las aguas, y cuando dudó un poco, venir a punto de hundirse, no por el desenfrenado ímpetu de las aguas, sino por la debilidad de su fe? ¿Acaso llegué a esta dignidad por los votos de los hombres? ¿Acaso me elevó un hombre, para que un hombre me derribe? Esto no lo digo por arrogancia ni jactancia ¡lejos de mí! sino para esforzar lo que entre vosotros está vacilante. Cuando la ciudad quedó afianzada, el demonio quiso dar una sacudida a la Iglesia. ¡Oh criminal y perversísimo! ¿Conque no has derribado los muros, y esperas hacer vacilar a la Iglesia? ¿Acaso la Iglesia consiste en las paredes? La multitud de los fieles es la que constituye la Iglesia. Mira cuántas y cuán firmes columnas, no unidas con hierro, sino enlazadas entre sí con la fe. No diré que multitud tan numerosa es más poderosa que el fuego; sí digo, que, aunque fuera uno solo, no le hubieras vencido. Ya sabes qué graves heridas te causaron los mártires. Presentóse muchas veces una doncella delicada; era más blanda que la cera y permaneció más dura que una piedra. Tú desgarrabas sus costados, pero no arrancabas su fe. Sucumbió la naturaleza de la carne, mas no se rindió la fortaleza de la fe; consumíase el cuerpo y obraba varonilmente el alma; gastábase la existencia y permanecía la piedad. ¿Conque no pudiste vencer a una sola mujer y crees que has de rendir a pueblo tan numeroso? ¿No oyes al señor que dice: *Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos* (Mt. 18, 20)? Pues y donde hay un pueblo tan nutrido, estrechado con los vínculos de la caridad, ¿no ha de estar presente? Yo tengo prendas de El; pues ¿qué? ¿acaso confío en mis propias fuerzas? Tengo su Escritura: éste es mi báculo, esta mi seguridad, éste mi puerto tranquilo. Aunque se revuelva todo el mundo, yo tengo el escrito de su mano, lo leo, y aquellas palabras son mi muro y mi fortaleza. ¿Cuáles son las palabras? *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* (Mt. 28, 20). Cristo está conmigo ¿a quién temeré? Aunque las olas, aunque los mares, aunque las iras de los príncipes se revuelvan contra mí, todo esto es para mí de menos valer que una tela de araña. Y si no fuera por el amor que os tengo, ni hoy mismo hubiera resistido a ir a otra parte. Porque siempre digo: “Se-

ñor, *hágase tu voluntad*" (Mt. 6, 10), no la voluntad de este o del otro, sino la tuya. Esta es mi torre de fortaleza, ésta mi roca incommovible, éste mi báculo que nunca titubea. Si Dios quiere que se haga esto, hágase. Si quiere que yo quede aquí, le doy gracias. Donde El quiera que yo esté, le doy gracias.

III

No os perturbe nadie; dedicaos a la oración. Ha hecho esto el demonio, para interrumpir vuestra diligencia en las rogativas. Pero nada le aprovecha; antes os he hallado más diligentes y fervorosos. Mañana iré con vosotros a la rogativa. Donde yo estoy, allí estáis vosotros; donde vosotros estáis, allí estoy yo. Un cuerpo somos; ni el cuerpo se separa de la cabeza, ni la cabeza del cuerpo. Nos separamos en cuanto al lugar, pero estamos unidos por la caridad; ni la muerte misma nos podrá arrancar unos de otros. Porque aunque muera mi cuerpo, vivirá mi alma, que se acordará de este pueblo. Vosotros sois mis padres, ¿cómo podré olvidarme de vosotros? Vosotros sois mis padres, vosotros mi vida, vosotros mi gloria. Si a vosotros os va bien, esta gloria redunde en mi; de modo que mi vida está depositada en vosotros, con las riquezas en un tesoro. Mil veces estoy dispuesto a ser degollado por vosotros, y no os hago en ello ningún favor, sino pagaros una deuda. Porque *el buen pastor da su vida por sus ovejas* (Jn. 10, 11): sí, dispuesto estoy a ser degollado mil veces y a que se me corten mil cabezas. Tal muerte es para mí argumento de inmortalidad; estas asechanzas son para mi ocasión de seguridad. ¿Acaso me ponen asechanzas por mis riquezas, para que vaya yo a entristecerme? ¿Acaso por mis pecados, para que vaya a llorar? Por el amor que os tengo me persiguen, porque nada dejo de hacer para ponerlos en seguridad, para que ningún extraño se meta en el redil, para que permanezca ileso el rebaño. La causa de mi combate me basta por corona. Pues ¿qué no sufriré por vosotros?

Vosotros sois mis ciudadanos, vosotros mis padres, vosotros mis hermanos, vosotros mis hijos, vosotros mis miembros, vosotros mi cuerpo, vosotros mi luz, más aún, más gratos que esta luz que vemos. Porque ¿qué bien me hacen los rayos del sol comparados con los de vuestra caridad? Los rayos del sol me son útiles en la presente vida, pero vuestra caridad me entrelaza una corona en la venidera. Esto lo digo delante de vosotros que me oís; y ¿quién más dispuesto a oír que

vosotros? Tantos días habéis estado en vela, y nada os ha podido rendir; no os han hecho blandear ni la duración del tiempo, ni los temores ni las amenazas. En todo os habéis portado como valientes, ¿qué digo valientes? Habéis cumplido lo que siempre he deseado; habéis despreciado las cosas de este mundo, habéis dado un adiós a la tierra, os habéis trasladado al cielo, os habéis desprendido de los lazos del cuerpo, os habéis apresurado a porfía por alcanzar a aquella feliz y verdadera ciencia. Estas son mis coronas, éste mi consuelo, éste mi esfuerzo, ésta mi unción, ésta mi vida, ésta mi prenda de inmortalidad.

HOMILÍA 2

I

¿Qué diré o qué hablaré? Bendito sea Dios. Esto dije cuando salí, y esto vuelvo ahora a decir; o mejor, no dejé de decirlo tampoco en el destierro. Ya os acordáis que os propuse el ejemplo de Job que decía: *Sea el nombre del Señor bendito por todos los siglos* (Job, 1, 21). Este recuerdo os dejé como prenda al salir, y esta acción de gracias repito ahora: *Sea el nombre del Señor bendito por todos los siglos*. Diversas son las circunstancias, pero una misma la manera de glorificar a Dios.

También Job, siendo rico, daba gracias a Dios, y siendo pobre, le daba gloria. Ni en el primer caso robó, ni en el segundo blasfemó; diversas fueron las circunstancias, pero su alma se conservó lo mismo. Un piloto seguro, ni se relaja con la calma, ni se hunde con la tempestad. Bendito sea Dios, ya por el tiempo en que me separé de vosotros, ya por este en que os he recobrado. Ambas cosas fueron obra de una misma providencia divina. Me separé de vosotros en cuanto al cuerpo, pero de ninguna manera en cuanto al alma. ¡Ved cuánto han logrado las asechanzas de los enemigos, ha excitado vuestro celo, han encendido vuestra caridad, y me han procurado innumerables amadores! Antes me amaban los míos tan sólo; ahora me honran aun los judíos. Esperaban separame de los míos, y me han agregado a un los extraños. Pero no se deben a ellos las gracias, sino al nombre de Dios que se ha valido de la maldad de ellos para nuestro honor; pues también los judíos crucificaron a nuestro Señor y fue salvo el mundo, y no por eso doy gracias a los judíos, sino al Crucificado. Vean los sucesos bajo el punto de vista con que los considera nuestro Dios; ¡qué paz nos han traído sus tramas! ¡qué gloria nos han proporcionado! Antes sólo se llenaba la iglesia; ahora toda la plaza se ha convertido en iglesia. Una sola cabeza preside a todos desde allí hasta aquí. Nadie ha impuesto silencio a vuestra asamblea, y sin embargo, todos habéis estado silenciosos, todos compungidos. Unos cantaban salmos, otros llamaban felices a los que los cantaban. Hoy se celebran juegos circenses y nadie asiste; sino que todos como torrentes han confluído a la iglesia. Un torrente es vuestra asamblea, ríos son las voces que suben al cielo, y muestran el amor que tenéis a vuestro padre. Vuestras súplicas son para mí más espléndidas que una diadema. Hombres y mujeres todos juntos; porque *en Cristo Jesús no hay distinción entre hombre y mujer* (Gal. 3, 28). ¿Cómo hablaré del múltiple poder del Señor? Ya veis cuán cierto es lo que digo. Si alguno sufre con fortaleza las tentaciones, sacará de ellas gran fruto.

II

Por eso os he llamado al templo de los Apóstoles. He acudido yo desterrado adonde están aquellos que fueron desterrados. Yo he sido acometido con asechanzas, ellos fueron arrojados. Hemos acudido a Timoteo, nuevo Pablo. Hemos acudido a los santos cuerpos que llevaron en sí los estigmas de Jesucristo. Nunca temas la tentación, si

tienes ánimo generoso; así fueron coronados todos los santos. Grande fue la aflicción de sus cuerpos, pero mayor la tranquilidad de sus almas. ¡Ojalá siempre estéis afligidos! Así se alegra también el pastor cuando sufre trabajos por las ovejas. ¿Qué diré? ¿dónde sembraré? no tengo sitio vacío; ¿dónde trabajaré? no tengo viña baldía. ¿dónde edificaré? ya el templo está concluido; mis redes se rompen por la muchedumbre de la pesca. ¿Qué haré? No es este el tiempo de trabajar. Si os exhorto, no es porque necesitéis de doctrina, sino para mostrar mi genuino amor para con vosotros. Dondequiera florecen las espigas. Tantas ovejas, y en ninguna parte se ve el lobo; tantas espigas, y en ninguna parte las zarzas; tantas vides, y en ninguna parte las raposas. Las fieras dañinas han sido exterminadas, han huído los lobos. ¿Quién los ha perseguido? No yo el pastor, sino vosotros las ovejas. ¡Oh nobleza de las ovejas! en ausencia del pastor han derrotado a los lobos. ¡Oh hermosura de la esposa, mejor, castidad! en ausencia del esposo, ha rechazado a los adúlteros. ¡Oh hermosura y castidad de la esposa! Ha mostrado su hermosura, y no menos su bondad. ¿Cómo has rechazado a los adúlteros? porque amabas al esposo. ¿Cómo has rechazado a los adúlteros? por la grandeza de tu castidad. “No empuñé las armas, ni las lanzas, ni los escudos. Les mostré mi hermosura, y se ofuscaron con mi resplandor”. ¿Dónde están ellos ahora? en la ignominia. ¿Dónde estamos nosotros? en medio del triunfo. Con nosotros los emperadores, con nosotros los magistrados. ¿Qué diré? ¿qué hablaré? *Dios dé el colmo de su bendición a vosotros y a vuestros hijos* (Sal. 113, 14), y premie vuestro fervor.

Terminemos ya el discurso en este punto, dando en todo gracias a nuestro benigno Dios.

HOMILÍA 3

I

Cuando el impío y bárbaro egipcio Faraón arrebató a Abraham la hermosa y agraciada mujer Sara, y mirando con malos ojos su hermosura quiso perpetrar el adulterio, entonces no descargó Dios en seguida el castigo, para que relucieran la virtud del justo, la castidad de su esposa, la intemperancia del bárbaro y la benignidad de Dios: la virtud del justo, porque sufrió el suceso con acción de gracias; la castidad de su esposa, porque habiendo dado en manos de los bárbaros conservó su honestidad; la intemperancia del bárbaro, porque invadió el lecho ajeno; la benignidad de Dios, porque cuando ya los hombres habían perdido la esperanza, concedió al justo la corona. Esto sucedió antes con Abraham; esto ha sucedido hoy con la Iglesia. Egipcio es éste (nuestro enemigo); egipcio era aquel; éste tuvo satélites, aquel tuvo protectores; aquel arrebató a Sara; éste a la Iglesia: aquel la retuvo por una noche; éste la ocupó por un día, y ni siquiera, se le ha

permitido ocuparla por un sólo día, sino para que se hiciera patente la castidad de la esposa; pues a pesar de haberla él asaltado, no se ha marchitado su hermosura de su castidad; por más que se había ya dispuesto el adúltero, y estaban preparadas las cartas, y habían firmado en ellas muchos de la casa. Aprestada estaba la máquina, pero no tuvo resultado. Descubrióse al mismo tiempo su perversidad y la benignidad de Dios.

Pero hay diferencia, aquel bárbaro reconoció entonces el pecado, y confesó el delito; porque dijo a Abraham: *¿Por qué has hecho esto? ¿por qué dijiste: Es mi hermana? y poco faltó para que yo pecara* (Gen. 12, 18-19) pero este aun después del crimen persistió en el combate. ¡Oh miserable y desgraciado! *Pecaste, descansa ya* (Gen. 4, 7) no añadas un pecado a otro pecado. Y Sara volvió enriquecida con las riquezas de Egipto; y también la Iglesia ha vuelto adornada con riquezas espirituales, y se ha mostrado más pura su continencia. Mirad el frenesí del bárbaro. Has arrojado fuera al pastor: ¿por qué has dispersado las ovejas? Has quitado el piloto: ¿por qué has hecho pedazos el gobernalle? Has arrojado al viñador: ¿por qué has arrancado las vides? ¿por qué has arruinado los monasterios? Has imitado una irrupción de bárbaros.

II

Todo esto lo hizo él para que apareciera vuestra virtud. Todo lo hizo par tener que aprender, por fin, que hay aquí un rebaño dirigido por Cristo su pastor. Estaba ausente el pastor, y permanecía unido el rebaño y se cumplía la sentencia del Apóstol: *No sólo en mi presencia, sino también en mi ausencia obrad vuestra salvación con temor y temblor* (Filp. 2, 12). Os amenazaba porque temían vuestra virtud, la fuerza de la caridad y el amor que me tenéis. “A nada nos atrevemos dentro de la ciudad”, decían. “Entregadnosle fuera”. Prendedme fuera, sí, para que aprendáis el amor de la Iglesia, para que conozcáis la generosa índole de mis hijos, el valor de los soldados, el esfuerzo de la gente armada, el resplandor de las diademas, la abundancia de nuestras riquezas, la grandeza del amor, la constancia en el sufrimiento, la flor de la libertad, la gloria del triunfo, la rechifla de vuestra derrota. ¡Oh cosas extraordinarias y admirables! Está ausente el pastor, y se regocija el rebaño; está lejos el general, y se arman los soldados; y no sólo la iglesia tuvo su ejército, sino que toda la ciudad

se convirtió en iglesia. Quedaban santificados los barrios, las plazas, el aire; convertíanse los herejes, hacíanse mejores los judíos; los sacerdotes eran condenados y los judíos alababan a Dios y se acogían a nosotros. Así sucedió con Cristo, Caifás le crucificó, y el ladrón le confesó. ¡Oh sucesos extraordinarios y admirables! Los sacerdotes le mataron y los magos le adoraron. No perturbe esto a la Iglesia. Si no hubiera sucedido así, no se hubieran manifestado nuestras riquezas; las hubiéramos tenido, pero no se hubieran descubierto. Porque así como Job, aunque era justo, no hubiera aparecido como tal, si no se hubieran manifestado en él las heridas y los gusanos, así tampoco nuestros tesoros, si no se nos hubieran armado asechanzas. Dios, como para excusarse, dice a Job: *¿Crees que yo te he correspondido de otra suerte sino para que aparecieras justo* (Job, 40, 8)? Ellos pusieron asechanzas, movieron guerra, y fueron derrotados. ¿Cómo hicieron la guerra? Con palos. ¿Cómo fueron vencidos? Con oraciones. *Si alguno te hiere en el carrillo derecho, ofrécele también el izquierdo* (Mt. 5, 39). ¡Tú entras en la Iglesia armado de palos y combates contra ella! ¡Donde todos están en paz, mueves guerra! ¡Infeliz y miserable, que ni respetas el sitio, ni la dignidad del sacerdocio, ni la majestad del episcopado! El baptisterio se ha llenado de sangre; corre la sangre donde se perdonan los pecados. ¿En qué ejército ha sucedido esto? El emperador al entrar se quita el escudo y la diadema; tú has entrado armado de palos. El deja fuera aun las insignias de su poder; tú metes dentro las insignias de la guerra. Pero ningún daño has hecho a mi esposa la Iglesia, antes sigue mostrando constantemente su hermosura.

III

Por eso me lleno de alegría, no sólo porque vencisteis, sino porque vencisteis en mi ausencia. Si hubiera estado presente, tendría con vosotros parte en la victoria; pero porque me retiré, es meramente vuestro el trofeo. Pero también es gloria mía (y en esto vuelvo a tomar parte de la victoria) el que os eduqué de tal suerte, que aun en ausencia de vuestro padre diérais a conocer vuestra nobleza. Porque así como los atletas valerosos, aunque esté ausente su maestro, dan muestras de su robustez, así también, la generosidad de vuestra fe, aun en ausencia de vuestro maestro, ha manifestado su índole generosa. ¿Qué necesidad hay de palabra? Las piedras están clamando; las paredes están dando voces. Ve al palacio del emperador, y en seguida

oyes el nombre del pueblo constantinopolitano. Ve al mar, dirígete al desierto, a los montes, a las casas, y doquiera están escritos vuestros encomios. ¿Con qué armas vencisteis? No con riquezas, sino con fe. ¡Oh pueblo amante de tu maestro! ¡Oh pueblo amante de tu padre! ¡Oh ciudad feliz, no por las columnas y áureos artesonados, sino por vuestra virtud! Tantas y tan temibles como eran las asechanzas, y no obstante, vencieron vuestras oraciones. Y con mucha razón, pues eran continuas las oraciones y os corrían fuentes de lágrimas. Ellos lanzaron saetas, vosotros lágrimas; ellos respiraban furor, vosotros mansedumbre. Hagan ellos lo que quieran, vosotros oráis. Y en fin; los que entonces os contradecían. ¿dónde están ahora? ¿Acaso movimos las espadas? ¿Acaso tendimos nuestros arcos? ¿Acaso arrojamos saetas? Orábamos, y ellos huyeron. Como una tela de araña se disiparon, y vosotros os mantuvisteis como una roca. ¡Feliz yo por vosotros! Ya antes sabía yo qué tesoro tan grande tenía en vosotros, pero ahora, con todo, me he admirado. Estaba yo lejos, y por mi causa la ciudad empezó a trasladarse a otra parte. Por causa de un solo hombre, el mar se ha convertido en ciudad. Las mujeres, los hombres, los niños de tierna edad; las mujeres llevaban en brazos a sus parvulitos, y no dudaban meterse en el mar, despreciando las olas. No temían el siervo a su amo, no se acordaba la mujer de la debilidad de su naturaleza. La plaza se ha convertido en iglesia, y todo se ha removido por mi causa. ¿A quién no amaestrásteis a hacer lo mismo? Llevasteis con vosotros a la emperatriz llena de regocijo, sino para celebrar su piedad, porque no he de pasar su buena voluntad en silencio. No mostró armas, sino obras excelentes de virtud. Entonces fui sacado de la ciudad, ya sabéis cómo. Y conviene recordar lo desagradable que entonces pasó, para que estiméis lo grato y venturoso, y veáis cómo fui echado fuera, y cómo he vuelto. *Los que siembran en lágrimas, segarán en regocijo. Al ir iban y lloraban, echando su semilla. Mas al venir vendrán con regocijo, trayendo sus manojos* (Sal. 125, 6). Estas palabras se cumplieron de hecho. Recibisteis con acción de gracia a quien despedisteis con tristeza; y esto se cumplió, no después de mucho tiempo, sino después de un solo día. Porque por vosotros fue esta dilación: que Dios ya desde el principio había deshecho todas las contradicciones.

IV

Ahora os voy a decir una cosa maravillosa. Yo atravesé solo el piélago, llevando conmigo a la Iglesia. Porque la caridad no se puede

estrechar: no era estrecha la nave, porque vosotros *no os veis estrechados en mi* (2 Cor. 6, 12). Marchaba cuidando de nuestras cosas, separado en cuanto al cuerpo, unido en cuanto al alma. Marchaba suplicando a Dios, y unido con vosotros por el amor. Marchaba, y estaba sentado solitario, pensando solícito en vuestras cosas, solitario, pensando en mi destierro. De repente, a la media noche de aquel primer día, esta religiosísima Señora me envió una carta, que contenía estas palabras (pues conviene citarlas textualmente): *No crea vuestra Santidad que yo sabía lo sucedido; inocente soy de vuestra sangre. Los impíos y perdidos han armado esta trama. Testigo es de mis lágrimas Dios, a quien ofrezco sacrificios. ¿Qué libación derramó? porque sus lágrimas eran una libación. A quien ofrezco sacrificios.* Era ella, en efecto sacerdotisa ordenada por si misma, que ofrecía a Dios lágrimas, confesión y penitencia, no por el sacerdote, sino por la Iglesia, por el pueblo disperso. Se acordaba, se acordaba, sí, de sus hijos y del bautismo que recibieron: *Me acuerdo que por tus manos fueron bautizados mis hijos.* Esto decía la emperatriz. Los sacerdotes, en tanto, cegados por el odio, ignoraban el lugar adonde yo me había acogido. Y lo que es más admirable, que ella, como si temiera por su hijo, iba a todas partes, no personalmente, sino enviando su tropa militar. Porque no sabía el sitio donde estaba yo, a todas partes enviaba por mi, para que no fuera muerto el pastor cogido con engaño, y perdiera ella el fruto de sus correrías. “Sólo hago lo que tengo que hacer. Sólo intento que no prevalezcan los contrarios”. Por todas partes me rodeaban los enemigos, extendiendo sus redes para cogerme y tenerme en sus manos. Por eso ella rogaba y se abrazaba a las rodillas del emperador, para hacer a su esposo partícipe de este triunfo. Como hablaba Sara a Abraham, así ella decía al emperador: *Hemos perdido al sacerdote, volvámosle a traer. No nos queda esperanza alguna de mando si no le volvemos. Imposible que yo tenga parte con ninguno de los que han perpetrado tal maldad;* y derramaba lágrimas, suplicaba a Dios y no dejaba piedra por mover. Ya sabéis vosotros con cuánta benevolencia me recibió, cómo me admitió en sus brazos como a sus propios miembros, cómo decía que estaba en zozobra y solícita juntamente con vosotros. No os son desconocidas estas sus palabras a vosotros, que recibisteis en ella a la madre de las Iglesias, sustentadora de los solitarios, patrona de los santos, báculo de los pobres. Su alabanza redundaba en gloria de Dios, es corona de las iglesias. ¿Diré su ardiente amor? ¿Diré su solicitud para conmigo? Ayer, al caer la

tarde, me envió un mensajero con estas palabras: *Díle: Se ha cumplido mi oración, he alcanzado lo que quería; mejor corona he recibido que la misma diadema. He recibido al sacerdote, he restituido la cabeza al cuerpo, el piloto a la nave, el pastor al rebaño, el esposo al lecho nupcial.*

V

Se han cubierto de vergüenza los adúlteros. No se me da nada de vivir o morir. Ved los frutos de la tribulación. ¿Qué haré para daros digna recompensa de vuestro amor? No puedo dároslo digna, os doy la que puedo. Tanto os amo, que estoy dispuesto por vuestro bien a derramar la sangre. Ninguno tiene tales hijos, ninguno tal rebaño, ninguno un campo tan florido; no tengo necesidad de agricultura, aun durmiendo yo, brotan las espigas; no tengo necesidad de trabajo; aun descansando yo, las ovejas vencen al lobo. ¿Cómo os llamaré? ¿ovejas, o pastores, o pilotos, o soldados, o capitanes? todos estos nombre puedo afirmar que son verdaderos. Si miro a vuestro buen orden, os lamo ovejas; si a vuestra vigilancia, pastores; si a vuestra prudencia, pilotos; si a vuestro valor y constancia, os doy a todos el nombre de soldados y capitanes. ¡Oh trabajo! ¡Oh providencia del pueblo! arrojásteis a los lobos, y persististeis infatigable en vuestra solicitud. Los marineros que estaban con vosotros se volvieron contra vosotros y movieron guerra contra la nave. Clamad: ¡Fuera el clero! ¡otro clero para la Iglesia! Pero ¿qué necesidad hay de clamores? Ellos se retiraron, fueron lanzados, huyeron sin que nadie los persiguiera. No los acusan los hombre, sino sus conciencias.

Si un enemigo me hubiera injuriado, lo hubiera sufrido (Sal. 54, 13). Los que estaban con nosotros se volvieron contra nosotros; los que con nosotros dirigían la nave, trataron de echarla a pique. Admiré entonces vuestro comportamiento. No digo esto para excitaros a una sedición. Sedición fue lo que ellos intentaron; lo que vosotros hicisteis, celo. Porque no pedisteis que fueran ellos muertos, sino que se impidieran sus atentados contra vosotros y contra la Iglesia, para que no fuera sumergida de nuevo. Vuestro valor hizo que no nos arrollara la tempestad; sus malvados intentos suscitaron el oleaje. Mas yo no miro el suceso según el éxito, sino según las intenciones que tuvieron. Tú que asistes al altar, a quien está encomendado el cuidar de un pueblo tan numeroso, teniendo obligación de reprimir estas desgra-

cias, aumentaste la tempestad, blandiste la espada contra ti mismo, hiciste perecer a tus hijos, si no de hecho, a lo menos de deseo. Pero Dios lo impidió. Así es que os admiro y alabo a vosotros que, después de la guerra y hechas las paces, tratáis de que sean perfectas y duraderas. Porque conviene que estén concordes el piloto y los marineros; que si están desavenidos, se hunde la nave. Consolidad vosotros esta paz con la gracia de Dios; yo os hare participantes de sus frutos. Nada haré sin vosotros y sin la religiosísima emperatriz. Porque también ella anda cuidadosa, está solícita, no deja piedra por mover para que los árboles plantados se arraiguen, para que la Iglesia viva libre de olas y tempestades. Por eso he alabado vuestro celo y la providencia de los emperadores. Pues no son tan solícitos tratándose de la guerra, como de la Iglesia; tratándose de la ciudad, como de la Iglesia. Rogemos, pues, a Dios, perseveremos en la oración, y no porque hemos conjurado la desgracia seamos más negligentes. Por eso yo he rogado hasta hoy que desaparezcan tan tristes males. Demos gracias a Dios; como entonces fuimos valerosos, seamos ahora diligentes; y por todos estos sucesos demos gracias a Dios.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025
[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA